



EL PESEBRE, EJEMPLO DE "IGLESIA EN MARCHA"

por Fr. FRANCESCO DILEO OFM Cap.


Será una Navidad particular la que estamos a punto de experimentar, como creyentes, pero sobre todo como franciscanos. Los pocos días que nos separan de la próxima fecha evocadora del nacimiento de Jesús acompañarán, en efecto, también hacia una conmemoración jubilar: el octingentésimo aniversario de la institución del pesebre. En 1223 San Francisco regresó a su patria tras un peregrinaje a Tierra Santa tan cargado de amor hacia el Hijo de Dios, que quería compartirlo con su gente. Profundamente conmovido por el misterio de la Encarnación, pensó en hacerlo visible, preparando la representación en un lugar similar al original. El paisaje que le pareció más apropiado fue el de Greccio, un pequeño pueblo (hoy de 1500 habitantes, en provincia de Rieti), que el Pobrecillo de Asís visitaba desde hacía catorce años. Gracias a la amistad consolidada con el noble Giovanni Velita, señor de aquel Municipio, pudo individuar un área, rodeada de naturaleza, adecuada como telón de fondo para hacer esta interpretación moderna: una antigua y sugestiva cueva, en la cual hizo llevar un pesebre, un buey y un asno. De esta manera, al caer la media noche del 24 de diciembre de 1223, los habitantes de Greccio

y de los alrededores pudieron admirar, por primera vez en la historia, la reproducción escénica del Nacimiento. Era una manera, precursora y eficaz, de "comunicar el Evangelio en un mundo que cambia", contándolo con el lenguaje de las imágenes, además del indispensable testimonio de una vida radicalmente coherente con el Verbo hecho carne.

En tal anhelado anuncio de la Palabra de Dios están inspiradas las continuas llamadas del Papa Francisco para transformarnos de Iglesia que espera,alzada entre los muros, aunque sean espléndidos edificios sagrados o en el interior de recintos de complejos parroquiales, cada vez más vacíos, para volvernos "Iglesia en marcha", que va al encuentro de los fieles, que intenta alcanzarlos con un lenguaje más idóneo que haga elocuente el mensaje, exactamente como hizo San Francisco "inventando" el pesebre.

Las próximas fiestas, pues, hechas aún más significativas gracias a este octavo centenario, pueden representar una óptima ocasión para ofrecer la "buena noticia" que Dios nos ama, ama a una humanidad que, en parte todavía no ha sido alcanzada por la invitación salvífica de Jesús y en parte, lo ha olvidado o lo rechaza, porque es irreconciliable con la predominante cultura egoísta y hedonista. Pode-

mos empezar exactamente con la imagen del omnipotente Creador que se humilla, limitándose al estado de criatura, ofreciendo y solicitando ternura manifestándose, en la plenitud del tiempo, como niño indefenso. Una imagen que enternecía el corazón del Padre Pío, que celebraba con gran "pasión" la Navidad, como informó exactamente hace cien años, en su *Diario*, el guardián de la época del Convento de San Giovanni Rotondo, el padre Ignazio Testa de Ielsi, añadiendo que el místico Fraile "cuenta los días que separan una Navidad de la otra, desde el día después. El Niño Jesús es para él una atracción muy especial. Es suficiente sentir el sonido de una pastoral, de una canción de cuna para levantar el espíritu tanto que, cuando lo miras, parece que está en éxtasis". Por esto, el santo Hermano, en los días que precedían al 25 de diciembre, deseaba: "Que el Niño de Belén restaure vuestros corazones en el fuego del Divino Amor, y adorne vuestra alma de las virtudes más electas" (Epist. I, p. 973).

Haciendo más las palabras y el deseo del místico Capuchino deseo, para cada uno de los lectores de la Voz del Padre Pío, un día santo en la solemnidad de la encarnación del Hijo de Dios y un feliz año nuevo, llenos de todo bien. 

© derechos reservados